



drama con la debida pompa y aparato, y el luto que la corte llevaba por la muerte del príncipe Alonso de Portugal, ocasionada por una caída de caballo pocos meses despues de su matrimonio con la infanta Isabel, trocose ahora por alegres y vistosos trajes, presentando todo el campamento cristiano, en la mañana de aquel suspirado dia, la escena de la más bulliciosa animacion. Envióse delante al gran cardenal Mendoza, al frente de un fuerte destacamento, compuesto de las tropas de su casa y de aquella veterana infantería que habia encañecido en las guerras moriscas, con el objeto de que tomase posesion de la Alhambra y la preparase, á fin de que los soberanos hiciesen su entrada: situóse D. Fernando á alguna distancia en la retaguardia, junto á una mezquita árabe que se consagró despues como ermita bajo la advocacion de San Sebastian, rodeado de sus cortesanos con sus magnificas comitivas, deslumbrando con sus brillantes armaduras y ostentando orgullosamente los blasones de sus antiguas casas; y la reina, por último, se quedó todavía más atrás, en el pueblo de Armilla, distante media legua de Granada.

Cuando la columna que iba á las órdenes del gran cardenal subia por la cuesta de los Mártires, en la cual fué preciso abrir un camino para que pudiera pasar la artillería, se encontró en ella el príncipe moro Abdallah, acompañado de cincuenta caballeros, el cual, concluyendo de bajarla, se dirigió al sitio en que D. Fernando se hallaba, en las riberas del Genil. Próximo ya el rey moro al español, quiso apearse del caballo y besar su mano en señal de homenaje, pero D. Fernando se apresuró á impedirlo, y le abrazó con marcadas muestras de consideracion y afecto. Abdallah, entónces, entregó las llaves de la Alhambra á su conquistador, diciéndole: «Tuyas son, ¡oh rey! puesto que Allah así lo ha decretado, usa de tu victoria con clemencia y moderacion;» y aunque D. Fernando, entónces, quiso dirigir algunas palabras de consuelo al desdichado príncipe, éste siguió lentamente su camino, y con aire abatido, llegó al lugar que ocupaba doña Isabel, en donde repitió los mismos actos de sumision, espues de lo cual marchó á reu-

nirse con su familia, que se habia adelantado con sus efectos más preciosos por el camino de s[e] Alpujarras.

Los soberanos, entre tanto, aguardaban impacientes la señal de hallarse ya ocupada la ciudad por las tropas del cardenal, las cuales, dando un rodeo por la parte exterior de las murallas, segun estaba convenido, á fin de no herir en lo posible la sensibilidad de los ciudadanos, entraron por la puerta que ahora se llama de los Molinos. En breve apareció resplandeciendo á los rayos del sol, la gran cruz de plata que D. Fernando llevaba consigo en estas cruzadas, y flotaron triunfantes las banderas de Castilla y de Santiago sobre las pardas torres de Granada, y á tan glorioso espectáculo el coro de la real capilla llenó los aires con el solemne cántico *Te Deum laudamus*, y el ejército entero, penetrado de profunda emocion, se postró de rodillas adorando al Dios de los ejércitos porque le habia por fin concedido la satisfaccion completa de sus deseos con este último y glorioso triunfo de la cruz. Los nobles que rodeaban á D. Fernando se dirigieron entónces á la reina, y arrodillándose ante ella besaron su mano en señal de homenaje como reina de Granada, despues de lo cual la comitiva emprendió su marcha hácia la ciudad, «yendo en el centro el rey y la reina, dice un historiador, con régia magnificencia ataviados; y como se hallaban en lo mejor de su edad, y dejaban concluida aquella guerra y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor majestad que ántes. Señalándose entre todos, eran iguales entre sí, y todos los miraban como si fueran más hombres, que y como dados del cielo para la salud de España.»

El rey moro, miéntras tanto, siguiendo por el camino de las Alpujarras, llegó á una eminencia, desde la cual por última vez se descubria á Granada. Detuvo en ella su caballo; y al dirigir la última mirada á aquel teatro de su pasada grandeza, contristóse su corazon y lloró. *Llora*, le dijo entónces su más varonil madre; *llora como mujer, ya que no has sabido defenderte como hombre.* ¡Ah! replicó el infeliz desterrado; *¡Qué desgracias igualaron jamás á las mías?* El pueblo de aquella tierra enseñaba to-



davía hoy al viajero el sitio en que tuvo lugar esta triste escena; y la eminencia desde la cual el antiguo rey de Granada dió el último y terrible adios á las reales mansiones donde pasaron sus juveniles años, es designada con el poético nombre de *El último suspiro del moro*.

El resto de la historia de Abdallah, en breves palabras se halla referido. Como á su tío el Zagal no le permitió su profunda melancolia permanecer en sus áridos dominios de las Alpujarras, á la sombra, digámoslo así, de sus antiguos palacios; y así es que al año siguiente pasó á Fez con toda su familia, habiendo tambien antes trocado su pequeño reino por una gruesa suma de dinero que D. Fernando y doña Isabel le pagaron; y allí, al poco tiempo, murió en una batalla, hallándose al servicio de un príncipe africano parientesuyo. *¡Desgraciado!* exclama un árido y desabrido cronista de su nacion; *¡perdió su vida por defender la agena causa, y no supo morir en defensa de la propia!* *Tal era*, continúa el árabe con su resignacion característica, «tal era el inmutable decreto del destino. Bendito sea Allah, que ensalza y humilla á los reyes de la tierra, segun su divina voluntad, en cuyo cumplimiento consiste aquella eterna justicia que regula todas las cosas humanas.» La puerta por donde el rey Abdallah salió por última vez de su capital, fué tapiada á sus ruegos, á fin de que ninguno pudiera volver á pasar por ella; y en tal estado permanece hasta el dia de hoy, en memoria del hado fatal del último de los monarcas granadinos.

General alegría causó la caída de Granada en toda la cristiandad, que la recibió como compensacion en cierto modo de la pérdida de Constantinopla, ocurrida cerca de medio siglo antes. En Roma se solemnizó este suceso con una solemne procesion del papa y los cardenales á la iglesia de San Pedro, en donde se cantó una misa mayor, y con regocijos públicos que duraron algunos dias. Con no menor satisfaccion se recibió en Inglaterra, en donde á la sazón reinaba Enrique VII; y los detalles de las fiestas con que se celebró, referidas por Lord Bacon, no dejarán de interesar al lector.

Así terminó la guerra de Granada, que fre-

cuentemente es comparada, por su duracion, á la de Troya, por los cronistas castellanos, y que sin disputa alguna la igualó en cuanto á su variedad de novelescos episodios, y en cuanto al interes poético de sus incidentes. Con la rendicion de la capital, concluyó el imperio de los árabes en la Península, despues de una existencia de setecientos cuarenta y un años, desde la fecha de su primera conquista. Las consecuencias de esta guerra decisiva fueron del mayor momento para España. Era la más palpable la recuperacion de un extenso territorio, poseido hasta entónces por un pueblo, cuya diferencia de religion, idioma y costumbres, no sólo le hacia incapaz de asemejarse á sus vecinos los cristianos, sino que casi lo convertia en su enemigo natural y declarado, al paso que su posicion local era de la mayor importancia, por hallarse en el medio de las grandes divisiones de la monarquía española, y facilitar el acceso á cuantas invasiones pudieran venir de la parte del Africa. Esta nueva reconquista, además, puso á los españoles en posesion de vastos terrenos, muy á propósito para todo género de producciones, por la natural fertilidad de su suelo, por la benignidad y lo templado del clima, y por el estado de cultivo á que habia sido aquél elevado por sus antiguos dueños; miéntras que sus costas se veian pobladas de cómodos puertos, fuentes siempre abundantes del comercio. Los esparcidos fragmentos, por último, del antiguo imperio visigodo se reunieron ahora de nuevo por esta brillante conquista, á excepcion del pequeño reino de Navarra, en una sola y poderosa monarquía, tal como por la naturaleza de su situacion debian estarlo; y la España cristiana se elevó gradualmente por esta nueva adquisicion, desde la clase de un pequeño reino á la categoria de las primeras potencias europeas.

La influencia moral de la guerra contra los moros, y la que sobre el carácter español ejerciera, fueron tambien en sumo grado importantes. Los habitantes de las grandes provincias en que la España, como la mayor parte de las naciones durante los tiempos feudales, se habia hallado dividida, habian estado con mucha fuerza en abierta pugna entre sí, para que hubiese podido nacer y penetrar en todos ellos



un sólo espíritu de nacionalidad: y esto sucedió más particularmente todavía en la Península, en donde aquellas divisiones fueron más numerosas, por haber ido surgiendo diversos Estados completamente independientes, de los diferentes fragmentos del territorio sucesivamente arrancados á la monarquía musulmana. La guerra de Granada hizo que las más distantes regiones del país obrasen de comun acuerdo y por los mismos motivos de interés general; y poniéndolas al mismo tiempo frente á frente con una raza que por sus instituciones y carácter era tan opuesta á la española, sirvió grandemente para fomentar el espíritu de nacionalidad. De este modo prendió en la nación entera la llama del patriotismo, y los más apartados ángulos de la Península quedaron unidos entre sí con un vínculo que ha permanecido indisoluble.

Igualmente dignas de mencionarse son las consecuencias de estas guerras bajo el aspecto militar. Hasta entónces, hacíase la guerra con tropas levantadas desordenadamente, muy escasas en número y que sólo servían muy corto tiempo, faltas de toda subordinación, como no fuese á sus jefes naturales inmediatos, y enteramente desprovistas de todos los pertrechos necesarios para las operaciones en grande escala; y los españoles se hallaban todavía más atrasados que la mayor parte de las naciones europeas en cuanto á la ciencia militar, como lo prueban las infinitas fatigas de doña Isabel para aprovecharse de todos los recursos extranjeros á fin de adelantar ésta en España. En la guerra de Granada, sin embargo, viéronse ya ejércitos muy superiores en número á los que hasta allí se habían conocido en las guerras modernas, que se mantenían en el servicio, no sólo durante prolongadas campañas, sino aún en el mismo invierno, cosa hasta entónces sin ejemplo; que obraban de concierto, hallándose todos sus caudillos inferiores completamente subordinados á un jefe común, cuyo carácter personal daba mayor fuerza á su autoridad y elevada categoría; y que estaban, finalmente, pertrechados con todos los necesarios bastimentos, gracias á los cuidados de doña Isabel, que no sólo trajo á su servicio á los más distingui-

dos mecánicos de otras naciones, sino que tuvo también á sueldo cuerpos de mercenarios, como á los suizos, por ejemplo, reputados entónces por las tropas mejor disciplinadas. En esta admirable escuela se acostumbró gradualmente el soldado español al sufrimiento, á las privaciones y á la subordinación, y en ella se formaron aquellos célebres capitanes y aquellos invencibles tercios, que, al principiar el siglo XVI, extendieron la fama militar de la nación española por todos los ángulos de la cristiandad.

Pero á pesar de todas nuestras simpatías hácia los conquistadores, es imposible contemplar, sin un profundo sentimiento, la decadencia y final ruina de una raza, que, como la de los árabes de España, tales adelantos había hecho en la senda de la civilización; verla expulsada de los magníficos palacios que en mejores días construyera, errante y vagabunda en las tierras mismas que todavía florecían con los frutos de su industria, y languideciendo bajo el peso de las persecuciones, hasta el punto de desaparecer su nombre, considerado como el de una nación, y de borrarse enteramente del mapa de la historia. Debe, sin embargo, confesarse, que los árabes habían llegado hacia ya mucho tiempo al apogeo de sus adelantos, y que el brillo que su historia ostentaba era reflejo de tiempos anteriores; porque el último período de su existencia parece que le pasaron entregados á la más descuidada é indolente molición, la cual fué causa de que, faltos ya de toda excitación exterior, apareciesen en toda su extensión los vicios inherentes á sus instituciones sociales, y les incapacitasen para toda sublime concepción ulterior. En tal estado de impotencia, fué sabia disposición del destino que ocupasen su territorio otras gentes, cuya religión y más liberal forma de gobierno, aunque mal entendidas frecuentemente, ó mal aplicadas, las hacían más aptas para el progreso de la humanidad.

No será inoportuno terminar la narración de la guerra de Granada dando noticia del fin que tuvo Rodrigo Ponce de Leon, marqués duque de Cádiz, á quien puede, en cierto modo, considerarse como el héroe de ella, puesto que dió



el primer golpe con su sorpresa de Alhama, y asistió á todas las campañas hasta la rendición de la capital. Su digno compatriota el buen Cura de los Palacios nos dejó una relación circunstanciada de sus últimos momentos. El valeroso marqués sobrevivió muy poco tiempo á la conclusión de la guerra, terminando sus días en su palacio de Sevilla, el 28 de Agosto de 1492, á consecuencia de una enfermedad causada por sus incesantes trabajos y fatigas, cuando estaba en los cuarenta y nueve años de su edad; y murió sin dejar sucesión legítima, á pesar de haber sido dos veces casado. De algo más que mediana estatura, de complexión robusta y bien proporcionada, blanca tez y cabello castaño claro, era excelente jinete, y muy diestro en casi todos los ejercicios de la caballería. Tuvo el raro mérito de reunir la sagacidad en sus planes y la intrepidez en su ejecución; y aunque algun tanto impaciente y tardío en perdonar, era franco y generoso, amigo verdadero y buen señor de sus vasallos.

Rígido el marqués en observar los preceptos religiosos, cuidadoso de guardar las fiestas de la Iglesia y de hacer que se guardasen en todos sus dominios, era en la guerra el más devoto campeón de la Virgen. Codicioso de bienes, pero pródigo en gastarlos, especialmente en embellecer y fortificar sus villas y castillos, como lo hizo en Alcalá de Guadaíra, Jerez y

Alanis en que se gastó la enorme suma de diez y siete millones de maravedises, era cortés con las damas, cual á buen caballero cumplía. A su muerte vistieron luto el rey, la reina y toda la corte; «porque era caballero muy querido,» dice el Cura, «y, como el Cid, estimado de amigos y enemigos: y no había un moro que temiera presentarse en aquella parte del campo en que ondeaban sus banderas.»

Su cuerpo, despues de permanecer expuesto durante algunos días en su palacio de Sevilla, ceñida á su costado la gloriosa espada con que siempre había combatido, se condujo, de noche, con solemne procesion por las calles de la ciudad, todas las cuales resonaban con general lamento; y fué por último depositado en la capilla mayor de la iglesia de San Agustín, en el sepulcro de sus mayores. Lleváronse en su funeral diez banderas que había cogido en sus batallas con el infiel antes de la guerra de Granada; «y todavía ondean sobre su tumba,» dice Bernaldez, «manteniendo viva la memoria de sus hazañas, tan inmortales como su alma». Tiempo hace que se redujeron á polvo estas banderas; el sepulcro mismo que contenía sus cenizas ha sido, también, sacrilegamente destruido: pero la fama del héroe vivirá mientras se encuentren en España valor, cortesanía, honor ó cualquiera otra de las prendas que distinguen á un digno caballero.